La duquesa de las piedras que flotaban

Por Shyvirelle

La duquesa Aldara sabía organizar una fiesta mejor que nadie en el valle. Si llovía, conseguía toldos. Si faltaban músicos, pedía a los vecinos que trajeran sus instrumentos. Solo había una cosa que no lograba controlar: qué pensaban los invitados al entrar en su salón.

Para la cena de fin de verano quiso preparar siete centros de mesa iguales. Su jardinero le ofreció flores; el repostero, figuras de azúcar. Aldara eligió siete piedras pequeñas que llevaba años guardando en una caja de madera. Eran lisas, cada una de un color distinto, y flotaban cuando se las colocaba sobre ciertas superficies. La más liviana no pesaba más que una ciruela. La última tenía el tamaño de un puño.

La duquesa hizo la primera prueba sobre la larga mesa del comedor, que tenía un espejo como centro. Dispuso las piedras encima del cristal y se inclinó para ver cómo le quedaba el collar. Dos se levantaron apenas un instante y cayeron con un golpecito. Las otras ni siquiera dejaron la mesa.

—Qué extraño —murmuró la encargada del salón, Belia—. En la caja levitan sin esfuerzo.

—La caja es de madera opaca. No devuelve la cara de nadie —respondió Aldara.

Retiró el espejo, puso encima una tabla sencilla y fue colocando las piedras una a una. Las siete se elevaron a diferentes alturas. La roja apenas separó su base del tablero. La verde subió hasta la altura de una taza. La blanca, la más ligera, quedó suspendida mucho más arriba, a la altura de los ojos de Aldara.

Belia levantó una mano con cuidado. La piedra blanca se balanceó, pero no se alejó. No había cuerda ni viento. La magia parecía obedecer a una regla que nadie había escrito.

—Si los invitados miran las piedras, ¿caerán? —preguntó Belia.

—Mirarlas no es lo mismo que buscarse a uno mismo —dijo la duquesa, aunque todavía no tenía pruebas.

La segunda prueba fue en el jardín. Aldara llevó una bandeja con agua quieta y acercó la piedra verde a su superficie. La piedra bajó hasta tocar el agua. Ni siquiera cuando Belia se apartó volvió a elevarse. En la bandeja brillaba el reflejo del rostro de la duquesa.

—El agua está intentando parecerse a un espejo —dijo Belia.

—Y yo estaba intentando arreglarme el cabello mirándola —admitió Aldara.

Agitaron el agua con una cuchara. Durante un instante la imagen de la duquesa se rompió; la piedra subió apenas un dedo. Cuando la superficie volvió a estar inmóvil, cayó otra vez. Aldara la sacó antes de que se mojara del todo.

La tercera prueba la hicieron con un cuenco de barro sin esmalte. Lo dejaron sobre la mesa vacía de la cocina, donde ninguna superficie devolvía reflejos. Aldara colocó la piedra verde encima. Se elevó y permaneció quieta. Belia se inclinó para verla desde abajo. Seguía flotando. Se miraron una a la otra y rieron, porque al fin había algo que funcionaba sin exigir una pose.

—Ya tenemos el centro de mesa —dijo Belia.

La duquesa hizo traer siete cuencos opacos. Cada uno recibió su piedra y quedó listo para la cena. No eran iguales en altura: sobre la misma mesa formaban una pequeña escalera de colores. Aldara los encontró hermosos precisamente por eso.

La noche de la fiesta, sin embargo, el salón volvió a llenarse de espejos. Una invitada había pedido uno cerca de la puerta para arreglarse el sombrero. Otro llegó con una cajita pulida donde podía observarse la barbilla. Hasta las copas, si estaban llenas y quietas, devolvían pequeños reflejos.

Las piedras comenzaron a bajar. La azul fue la primera. Después la amarilla golpeó suavemente el borde de su cuenco. Aldara vio a un grupo de invitados sonreír frente al espejo de la entrada y comprendió que los centros de mesa no iban a sostenerse durante una fiesta dedicada a comprobar cómo lucía cada persona.

Belia se acercó con el ceño fruncido.

—Podemos quitar todos los espejos.

—No —dijo la duquesa—. No voy a ordenar a nadie que deje de mirarse para salvar mis adornos.

La decisión le costó más de lo que esperaba. Había diseñado la cena entera alrededor de las piedras. Pero recogió los siete cuencos y los llevó al aparador. En su lugar puso uno grande, de barro mate, lleno de ramitas de romero. Era sencillo, olía bien y no caía por culpa de una copa.

Cerca de la ventana encontró a Nilo, un invitado al que apenas conocía. Había llegado con los demás, pero evitaba acercarse al espejo y al grupo que comentaba los trajes. Sostenía su copa vacía entre las manos.

—¿No te gusta la fiesta? —preguntó Aldara.

—Me gusta escuchar a la gente —respondió él—. No tanto tener que verme entre ellos.

No explicó más. Aldara no se lo pidió. Le ofreció un asiento junto a la ventana, lejos del gran espejo. Allí estaban los cuencos que había retirado. En uno descansaba la piedra blanca. Alguien acababa de mirarse en una copa brillante que había dejado a su lado.

—Era la más ligera —dijo la duquesa, tomándola—. Quería que volara más alto que las demás.

Nilo la sostuvo en la palma. No flotó. Era una piedra pequeña y tibia, agradable de tocar.

—Puedo guardarla —dijo—. No necesito que haga nada.

Aldara se la regaló. Nilo la metió en el bolsillo sin exhibirla. Más tarde se sentó a la mesa con todos, participó en una conversación sobre huertos y se fue antes del último baile. La duquesa no intentó retenerlo.

Al recoger el salón, Belia encontró los seis cuencos restantes en el aparador. Apartó las copas, cerró los postigos que reflejaban las velas y dejó solo la luz suave de la cocina. Las piedras se elevaron, cada una a su altura acostumbrada.

Aldara las miró un momento. Eran seis y no siete, y resultaban menos perfectas de lo que había imaginado. Después salió del cuarto sin poner un espejo delante de ellas.

La piedra blanca siguió en el bolsillo de Nilo. Al día siguiente, sobre el estante mate de su casa, volvió a levantarse apenas un poco. No había nadie allí intentando contemplarse, y nadie necesitaba comprobar cuánto había subido.